

REVISTA DE TEATROS.

DIARIO PINTORESCO DE LITERATURA.

NÚM. 307.

MADRID 16 DE NOVIEMBRE DE 1843.

SEGUNDA SERIE.



EL CURA MÉDICO.

Llegó M. Larocha con aquel ademan de familiaridad que le era característico para grangearse el afecto de los campesinos, y dándole al carretero una palmada en el hombro con su enorme mano, le dijo:

Larocha.—¡Ola, buen Pedro, dichosos los ojos que te ven.

Pedro.—Pues no hay cosa mas de sobra.

Larocha.—¿Gruñes por ventura? Buen modo es eso de agradecer que me haya tomado la molestia de venir para que bebamos juntos un vaso de lo añejo. Vaya, vé á buscarlo á la cueva.

Pedro.—Gracias, no tengo sed.

Larocha.—Sea en buen hora: con que tú no bebas estamos á camino.

Pedro.—Es que se me antoja que vos tampoco bebais.

Larocha.—¡Así te me subes á las barbas! Bueno: guárdate tu vino, y págame lo que me debes.

Pedro.—¿Y qué es lo que yo os debo?

Larocha.—Pues di, renegado, ¿no medebes seis pesetas de visitas.

Fabricio. (A Pedro en voz baja.) Cuidado no te se vay la lengua.

Pedro.—Déjame... (á M. Larocha) Si, pero vos me de-beis seis escudos; dadme ochenta pesetas y estamos pata.

Larocha. (colérico).—Págame tú primero.

Pedro.—Si habeis de devolvérme lo en seguida, no hay porque me tome esa pena: ademas, mi dinero no es amigo de viages.

Larocha.—Al fin habrás de pagarme.

Pedro.—En vuestra misma moneda.

Larocha.—¡A ver si te reportas!

Pedro.—No hay para que dar gritos, pues si á eso vamos, veremos cual de los dos tiene mas pulmones. Iré ante la justicia, levantaré la mano...

Larocha.—¡Con que levantarás la mano! Pues no has de ganarme á eso.

Y se avalanzó al carretero.

Pedro.—¡Ha de ser á puñetazos? pues andando.

Y tirándole un vigoroso golpe, hubo de retroceder, porque M. Larocha le asió con fuerza del brazo.

Larocha.—No has comido todavía bastantes hogazas para salir airoso de tales tentativas. Con qué pien-sas no pagarme?

Comenzó la lucha: quise atravesar la cerca para separarlos; pero era espesísima y no pude. A las primeras de cambio M. Larocha le tiró á Pedro al suelo.

Pedro.—¡Que me haceis daño!

Larocha.—A eso tiro.

Pedro.—¡Fabricio, ven en mi ayuda!

Larocha (á Fabricio.) No te muevas si no quieres que haga contigo lo mismo. (A Pedro, golpeándole.) ¿Me pagarás lo que me debes?

Pedro.—¡Socorro!

A todo esto yo no podía atravesar por las zarcas.
Larocha.—¿Me pagarás lo que me debes?
Pedro.—¡Infame!
Larocha.—¿Me pagas?
Pedro.—¿Que me mata este hombre!
Larocha.—¿Me pagarás?
Pedro.—¿Ahí teneis el dinero.
Larocha.—¿dónde?
Pedro.—¿Ahí en ese cajon; tomadlo.
Larocha. (soltándole y cogiendo el dinero)—Así me gusta: los hombres deben darse á razones.
Pedro. ((dejándose caer sobre una silla)—Estoy me
 do muerto.

Como yo lograse por último atravesar la cerca me apresuré á proporcionarle remedios; ya que no pude prestarle socorro; pero á aquella lucha sucedió la escena mas estraña, y aun puedo decir la mas cómica del mundo.

M. Larocha despues de guardarse el dinero se acercó á Pedro, que lloraba con el rostro magullado: le miró y con tono tan paternal como compasivo le dijo:

Larocha.—¿Pobrecillo, estás mal trecho!
Pedro.—No puedo mas.

Larocha.—¿Aguarda, aguarda! Vamos á sangrar-te: eres padre de familia y necesitas trabajar... ¡Tia Mónica, caliente Vd. un poco de agua!

Pedro.—Ay, se me abrasa la frente!
Larocha (examinándole)—¿Aquí tienes un golpe y aquí otro! ¡Misericordia! ¡Estás perdido de llagas y chichones.

Pedro.—¿Ay como me duelen las caderas!
Larocha.—Aquí traigo una untura que te hará mucho provecho ¡Pobre Pedro!

Pedro.—¿Ay... ay... ay!..
Larocha (con viveza) Pronto, tia Mónica; ya veis que este hombre padece; despáchese Vd.

La vieja (aparte).—Este doctor es, bueno en el fondo.

Larocha.—¿Y que haces tú aquí Fabricio? Ayúdame á llevarle á la cama: ya ves que no puede tenerse en pie.

Fabricio.—Muy despacio.
Larocha.—¿Como te sientes?
Pedro.—Bien, M. Larocha.

Larocha.—Estás muy estropeado, pero no tengas miedo que aquí estoy yo.

Pedro.—Gracias, M. Larocha.
Larocha.—Y no te abandonaré nunca.
Pedro.—No me abandoneis, M. Larocha.

Larocha.—Abrigate bien; con que hasta luego, amigos.

Y salió de la estancia.
Fabricio (á Pedro).—Ya has visto.

Pedro.—¿Y que he visto? tendrá que pagarme como á la tia Mónica en fluxiones de pecho.

Larocha (volviendo á entrar.) Pedro, ¡vengo á decirte que la untura vale dos pesetas.

Pedro.—Corriente ¿queréis que os las pague ahora?
Larocha.—No corre prisa; no parece sino que no tengo en tí confianza. Vaya hasta luego.

Tal era el hombre que se hizo mi adversario añádid una fuerza de odio solo comparable con su fuerza física, una envidia sin limites al ver que yo conservaba mi dignidad entre los campesinos, y en suma, un título que os revelará cuanto debía yo de temer de su encono... era miembro del tribunal revolucionario. Cuando estalló la revolucion se lanzó á ella fervoroso; siguiendo su curso del 90 al 93 dominaba al pueblo en su seccion por la audacia de sus furibundos consejos, y allí ostentaba en teoría el mismo desprecio hacia la vida de sus semejantes de que habia hecho ya alarde como soldado y como médico. Confieso que yo temblaba en su presencia á pesar de mi diploma. Cuando nos encontrabamos me tendia una sañuda mirada como presa suya, y como investigando el sitio donde debía herirme. Parecia que adivinaba en mi alguna cualidad oculta que me ponía en sus manos. Envolví en una sossegada dignidad y en un severo silencio cuanto podía venderme á sus ojos: procuré variar de gestos, de modo de andar, de ademanes... y á pesar de todo no me abandonaba el miedo un solo punto... ¡Si él hubiera llegado á saber que yo era sacerdote!... y el resultado es que al fin lo supo.

—¿Cómo?
 — Lo oyó... Se lo dijeron.

— ¿Quién?
 — Yo.
 — ¿Vos?
 — Si, yo: jamas me olvidaré de aquel terrible dia y de aquella reunion casi solemne.
 (Continuará.)

REMITIDO.

SILBA EN EL CIRCO.

En la noche del lunes fue silbada la señora Petit Rouquet, bailando en este teatro, por una parte del público colocado en la galería alta. Parece que su poca condescendencia á exigencias que redundarian en beneficio comun, la atrajo tal desgracia. Ella contestó á los silbidos con cortesias burlescas mirando desdeñosamente al sitio de donde salian. Desaprobamos altamente su conducta: la señora Petit debe conocer el profundo respeto que se merece el público: y si los que la silbaban llevaban chaquetas, habian pagado y estaban allí tan legitimamente como los de los palcos. El señor presidente debe saber tambien que silbar no es alterar el orden, y que lo primero está permitido en todos los teatros del mundo, «porque el derecho de silbar ó aplaudir se compra con el billete». La autoridad va al teatro á muchas cosas (y entre ellas á impedir lo que no impide que en las entradas á la luneta se pongan gentes que estorven); pero no á disponer de las manifestaciones del público; y si el otro dia un rejidor ha sacado 100 reales de multa á uno que silbó (1) mañana se los sacará otro á cualquiera que aplauda. ¿A que llega dia que vamos á la cárcel por decir que está ronco Salvatory, ó por gritar «bravo» — á la Garibaldi? ¿Cuán pocos teatros de Europa habrá visto S. S.! De estas malas mañas que nos han quedado de los tiempos en que los alcaldes de casa y corte encarcelaban por echar coronas á la escena (2) nacian tales abusos, resultando que en Madrid hagan los cómicos lo que les dé la gana: y en el café del Principe se habla todas las noches de cierto actor que tuvo la osadía, poco tiempo há, de dirigir miradas insultantes á los que le chichearon desde la luneta (3).

Para castigar tales faltas es otra de las cosas á que va la autoridad al teatro, y no para dirigir las manifestaciones á su antojo.

En Francia (donde no están tan civilizados como aquí), hizo un actor otro tanto y la autoridad mandó que el cómico pudiese perdon de rodillas al público.... A la noche siguiente al hacerlo añadió con voz conmovida. «Hoy es cuando me he acabado de convencer de lo degradante, de mi oficio.» Nosotros no la creemos degradante pero si nos parece que nuestro público mima demasiado á los que pisan las tablas, y que por eso se espone á lo que ya varias veces le ha sucedido... no ser respetado.

REVISTA DE TEATROS.

Con la mayor satisfaccion anunciamos á nuestros lectores que el eminente actor don Carlos Latorre acaba de ser contratado por la empresa de la Cruz. Nos felicitamos de la indicacion que hicimos con este objeto, aun cuando no haya tenido parte alguna en la decision de dicha empresa. Ese teatro, cuya progresiva decadencia hemos deplorado bastantes veces, bien necesitaba del poderoso sostén que le prestará el señor Latorre, poniendo nuevamente en escena producciones muy aplaudidas del público, y estrenando otras que de otro modo no hubieran podido hacerse en la Cruz en el presente año. El martes próximo tendremos el gusto de admirar al señor Latorre en el papel de *Sancho García*.

- (1) Histórico... y escandaloso!
- (2) Histórico... y escandaloso!
- (3) Histórico... y escandaloso!

Ayer se leyó en el teatro de la Cruz la comedia titulada: *Las travesuras de Juana*, espresamente escrita para el beneficio de la Juanita Perez por los señores Doncel y Valladares. Esta produccion escrita en fáciles versos está llena de interesantes escenas, y produjo excelente efecto en la lectura.

Segun los informes que tenemos del reparto de la *Linda*, es imposible que salga bien esta famosa ópera del maestro Donizeti, y lo peor es que la empresa tenia en su mano hacer que esta ópera se cantase como corresponde: porque no se nos acuse de parcialidad no entramos por ahora en otros pormenores; á su tiempo demostraremos con poderosas razones el fundamento de lo que hoy solo indicamos, y nos li-songea la esperanza de que tendremos al público de nuestra parte.

En la noche del lunes falleció de repente en esta corte la señora Franco, esposa del señor Saldoni.

Entre las producciones que se estrenarán en el teatro de la Cruz por la feliz adquisicion del Sr. Latorre, se cuenta un drama, del cual tenemos excelentes informes: se titula *Prócida*.

Varias veces hemos tenido el gusto de admirar las dos listas parejas de niños que bailan en el teatro de *Las tres Musas*. Por lo general se ejercitan de bailes nacionales, cuyas graciosas variaciones son realizadas por los cuatro con sumo desembarazo, y jentileza. Mucho quisiéramos dedicar un artículo seaprado en loor de esos traviesos alumnos de Tersicore, de su desembarazo y de su gallardía: las estrechas columnas de este periódico no nos permiten estendernos cual son nuestros deseos. Llamaremos la atencion de nuestros lectores para que no dejen de ir á solazarse alguna vez que otra, si quiera por reirse un rato con las jesticulaciones de los rapazuelos; sobre todo con el jóven Heredia que danza el bolero á las mil maravillas y trisca lijero como un corzo en los bailettes de escena. Aprovechado se conoce que es el alumno de la buena escuela que ha recibido.

TEATROS.

Cruz.

EL CABALLO DEL REY DON SANCHO.

Terminará con un buen baile nacional.

Príncipe.

EL GRAN CAPITAN.

Baile; y sainete.

Circo.

GISELA O LAS WILIS.

Tres Musas.

LA SEGUNDA DAMA DUENDE.

IMPRESA DE BOIX.